

## SÚCCUBUS.

Obdulia celebraba su santo los días 5 de septiembre de cada año. Lo hacía siempre en secreto, como muchas de las cosas que disfrutaba desde que tenía uso de razón, en el supuesto caso que la tuviera. Estaba acostumbrada a ser diferente de las otras gentes, y a ser tratada en consecuencia.

No es que le gustara o le pareciera injusto. Siempre había sido así hasta donde ella recordaba.

Su cabellera era blanca, sus ojos rojos, y su piel de un sucio color rojizo como el de una liebre despellejada. La luz del sol le era muy dolorosa a la vista, de modo que trataba de salir solo cuando estaba nublado o por la noche. En el curso del día se desplazaba con la mano izquierda a guisa de visera sobre las cejas. El buen Tata Dios había sido excesivamente avaro con la cuota de pigmento que le asignara. Para colmo, era zurda.

De pequeña, había sufrido el trato inicuo pertinente a todo bicho raro que suelen aplicar los niños con crueldad genética a aquello que es distinto de lo vulgar y corriente.

El único que la trataba como si fuera casi humana era el padre Jacinto, el cura de la pequeña comunidad aislada entre las sierras, y que configuraba el universo de Obdulia.

Nunca había conocido a su madre, y cuando murió la vieja Ofelia, la tejedora de mantas de colores del lugar, recién cayó en la cuenta que era la única persona que se preocupaba de ella, y le tenía un jergón para dormir junto con sus gatos, y hasta compartía sus ilusiones de los días y las noches.

De la comida mejor no hablemos, pues no vivían sino subsistían con lo que la

tejedora lograba sacar de su trabajo, que no era mucho ni el mercado muy grande.

Los recuerdos de Obdulia se dividían en años buenos o malos según las noches de invierno en que se acostaban calentitas y satisfechas o tiritando y hambreadas, que eran las más de las veces.

Costaba entender eso cuando Ofelia rezongaba - Tatita Dios lo da, Tatita Dios lo quita. Bendita sea su voluntad.

El padre Jacinto decía lo mismo, en todas las circunstancias.

Y era cariñoso, hasta que Obdulia fue creciendo y le empezaron a repugnar los afectuosos manoseos del cura.

Los días se sucedían a lo largo de las estaciones. El tiempo iba marcando con su inflexible impronta a los destinos de todos los habitantes del pueblo.

El año que murió Ofelia cayó el Gobierno por allá lejos, y luego se dejó caer la plaga de la guerra civil.

Soldadescas ebrias y violentas arrasaron con la comarca, y entre otras prebendas se llevaron la virginidad de Obdulia sin que ella se diera cabal cuenta de lo ocurrido, hasta que su vientre se le hinchó más que después de comer alguna hierba mal cocida.

Trabajos amargos le significó conseguir asilo donde la anciana ama de llaves del padre Jacinto, y desde luego pagar en crudo comercio carnal al dueño de casa su hospedaje y alimentación hasta poco antes de parir. Aparte eran la servidumbre en la cocina y la limpieza y ornato de la iglesia.

El niño nació un día 15 de septiembre, y por supuesto que le bautizaron Albino.

Lucía los ojos de palomo de su madre y el mismo color de su piel. Los primeros vellones de pelo que le aparecieron por cierto acusaron ser canas precoces.

Sin embargo resultó robusto como un engendro de lancero de la República, y más avisado de entendimiento que un tahúr de cuartel. Lo que sí, no sabía reír. Era perfectamente serio, como un sermón dominical.

Y eso lo aseveraba el padre Jacinto, ya arribando a viejo como para seguir dando ejemplo de semental en su parroquia.

No cumplía tres años el niño cuando Obdulia descubrió algo raro en él.

Lo sorprendió bajo un árbol en el huerto llamando en su media lengua a un apetitoso durazno que oscilaba en una rama tendida hacia el cielo.

Lo curioso fue que el fruto se desprendió y cayó en las manos tendidas del chico, que se lo comió con simple y deleitosa parsimonia.

Obdulia se aplicó a observarlo, y comprobó con espanto que movía algunas cosas con sólo mirarlas. No todas por cierto, sino aquellas que parecía desear con ahinco.

Las duras lecciones recibidas por la madre en su conocimiento de la gente le advirtieron los peligros del descubrimiento de las facultades excepcionales de su unigénito, y consagró las horas de los días de la semana a salvaguardar en secreto tales virtudes, sabedora que la ignorancia de los indígenas campesinos era proclive a asociar esas cosas con el demonio, o a lo menos con la magia negra.

Logró con no poco esfuerzo hacer entender al niño que no debía hacer tales demostraciones en público, como un secreto maravilloso e íntimo que cautelarían entre los dos.

Obtuvo en esto la complicidad del padre Jacinto, que se había encariñado con Albino, tanto que se empeñó en enseñarle a leer cuando recién contaba cinco años. Y lo consiguió, pues ya se dijo que era avisado de entendederas.

El día que cumplió seis años, el padre Jacinto lo presentó al preceptor de la escuela

pública recién creada en el pueblo, y éste pudo comprobar con asombro que el niño leía y escribía casi de corrido.

Lo que el padre Jacinto se calló, fue el caudal de fenómenos paranormales que manejaba el mocoso, ya que él entendía solamente de milagros y sortilegios, y no lo suficiente como para embarcarse en un exorcismo, que no era su especialidad. Sin embargo, era una realidad que la gente murmuraba con fruición, pues habían apreciado algunos hechos singulares cuyos relatos se esparcían como la mala hierba.

Algunos repararon en que los perros más bravos de las casas de la hacienda escapaban aullando despavoridos al acercarse a Albino, que solo les miraba de hito en hito, *ya que las piedras del suelo volaban a lapidar a los canes.*

Otros presenciaron la singular suerte de un sádico mocetón que se entretenía en martirizar a un gato con una rama encendida hasta que apareció Albino y la llama *saltó sin explicación posible de la tea a la cabellera del verdugo, que escapó aullando a zambullirse en el estero.* Y lo comentaron por todo el valle.

Contaban además que en una noche de luna, un grupo de ociosos achispado por el chacolí que por apuesta entrara al cementerio local, juró haber visto a Albino sentado frente a la tumba de la vieja Ofelia, acompañado de una cohorte de murciélagos, que revoloteaba en su derredor como jugando con el niño.

De allí dieron en llamarle *el Diabólico.*

Lo peor ocurrió en una Semana Santa, cuando el sacristán quiso tocar a rebato las campanas de la iglesia en el Sábado de Gloria, y al tirar las cuerdas se vinieron abajo con sus badajos y aparejos, caídas como por obra y gracia del mismísimo santo cachón. Y por supuesto el primero que estaba en la escena era Albino, y se

le vio reír de buena gana, cosa inusitada en él.

Ese mismo año, en septiembre, tras celebrar el santo de Obdulia y el cumpleaños de Albino, vinieron las Fiestas Patrias, cuyo principal atractivo eran las carreras de caballos a la usanza campesina regional.

Las apuestas se cruzaban con más entusiasmo que cordura, y los hombres perdían dineros, cabalgaduras y hasta propiedades en su acaloramiento alcohólico, en el nombre de la tradición y el orgullo locales.

Sin embargo, la fiesta se arruinó por un motivo inexplicable.

Y este fue una sorprendente invasión de una numerosa bandada de aves de rapiña que sobrevoló a los jinetes durante el final de la corrida, desconcertando y espantando a los animales con agudos graznidos, los que estuvieron en un tris de provocar una rodada que habría sido de muy malas consecuencias.

No faltó el malandrín que observó a Albino aplaudiendo alborozado la cuasi catástrofe, y de allí a culpar al Diabólico no había sino un breve trecho, y la ignorancia más unos sorbos de alcohol resulta una mezcla bastante explosiva, y tan atrevida como agresiva.

Se formó un tumulto como ola embravecida, y hubo de intervenir el alcalde en ayuda del padre Jacinto. Con gran esfuerzo libraron al niño de las manos impacientes de los irritados perdedores de la jornada. Pero se la dejaron jurada.

Lo que nadie podía saber fue que ese sería recordado como el año de la peste, que llegó en el umbral del verano con la muerte a cuestras.

Entre la Navidad y el Año Nuevo se llevó al padre Jacinto y también a su ama de llaves, y con ellos se fue la mayoría de los viejos del pueblo, y no pocos niños.

Obdulia cuidó de la casa y la iglesia hasta la llegada del nuevo cura, llamado el

padre Saturnino, que para mal de sus pecados resultó ser limitado y de mal carácter, como quien dice el reverso de la buena medalla que fuera el finado Jacinto, a pesar de sus debilidades confesas respecto al sexto mandamiento.

Terminaron por marcharse de la que fuera su casa por tantos años ante la hostilidad manifiesta del nuevo pastor de almas de la comunidad campesina.

Una vecina caritativa que debía algunas mercedes a Obdulia les ofreció un cuarto en su casa, no muy lejos de la iglesia. No era una gran cosa, ya que ni siquiera estaba construida en adobes, sino en quincha de cañas y barro.

Al tercer día de instalarse en su nuevo asilo, Albino se quejó de dolor de cabeza y náuseas a la hora de la puesta del sol, lo que alarmó sobremanera a su madre, ya que el muchacho tenía una salud de hierro.

Terminó por irse a dormir, rezongando que estaba mareado.

Antes de la medianoche, les despertó un sacudimiento de tierra acompañado de un ruido subterráneo que semejaba el bramar de un mil toros.

Dando tumbos en la oscuridad abandonaron la casucha que les albergara, y no soportaron la fuerza del movimiento, cayendo de rodillas. El primer sacudón duró el tiempo de rezar cuatro credos, habría dicho el padre Jacinto, y Albino se maravilló por cuanto se le había desaparecido por completo el malestar de la tarde.

Sin explicación alguna, el cielo estaba iluminado de resplandores carmesíes, que permitían vislumbrar los derrumbes de edificios y también las sombras de las gentes en fuga hacia lugares más seguros.

Se escuchaban voces de la más diversas naturaleza: ayes de dolor de los heridos, que eran muchos, alaridos de espanto de los descontrolados por el terror, que eran casi todos, oraciones masculladas por unos pocos con más prisa que devoción, y

ante la llamada de la Naturaleza a conservar la especie, las mujeres se entregaban en morboso frenesí catatónico al varón que estuviera más a mano.

Tras un intervalo de expectante duración, vino un segundo movimiento que dio en tierra con lo que había resistido el primero.

Obdulia, desatentada, se irguió y salió corriendo a tontas y a locas, y la sorprendió una cornisa que se desprendió de un murallón. Cuando acudieron a sacarla ante los gritos de Albino, ya estaba muerta sin remedio. No alcanzó a sufrir, a lo menos. El chico se abrazó al cuerpo inerte y nadie pudo arrancarlo de su lado. No lloraba, y era eso más espantoso que todos los gritos que poblaban la noche.

Al llegar la aurora, las gentes vagaban como sonámbulos, llamando a voces a sus deudos y conocidos. El edificio consistorial no había resistido la fuerza del seísmo, y los vecinos se apiñaron frente las ruinas, como buscando un lugar de encuentro para deliberar y recapacitar, no sobre lo sucedido, sino sobre qué se podía hacer.

Un grupo llegó hasta allí con el padre Saturnino, rescatado de entre los restos de la vieja iglesia construida por los conquistadores, y que fuera el orgullo de la villa.

Magullado, pero casi ileso, el cura intentó ordenar a su grey, a falta de autoridades, encaramado en un montículo de ladrillos, en un espacio entre los escombros.

Y como nunca faltan los desatinados, alguien echó a correr la especie que el terremoto era un castigo divino por los pecados y maldades de los cristianos que moraban en la comarca. Antes que el cura pudiera reaccionar contra la estupidez de sus feligreses, un par de muchachones violentados agarró a Albino, y le cubrieron de insultos, culpándole de hechicería al menos, sin parar mientes que aún no salía del estupor que le provocara la muerte de su madre.

Exigieron del sacerdote que le aplicara un exorcismo al diabólico ente sobre la marcha, y éste no logró convencerles que su actitud era carente de toda lógica.

El grupo era dirigido por un muchachón mal encarado, que Albino reconoció ser aquel chamuscado torturador de gatos castigado por sus poderes hacía algún tiempo, que ahora le parecía extrañamente distante.

Resignado y en busca de un entendimiento, el cura convino en hacer lo que le pedían, y enarboló un crucifijo metálico de buen tamaño, erguido frente al niño inculcado de ser cómplice del demonio en la tragedia que les afligía.

Para ganar tiempo, pidió a los presentes que se arrodillasen, mientras hacía desesperada memoria de las oraciones y reglas para los casos de posesión diabólica.

Justo vino un fuerte remezón de réplica del terremoto de la víspera, y el adalid de los alzados, enloquecido por el miedo, levantó su garrote para golpear al poseso y acaso detener el fenómeno..

Albino le miró con calma *y todos vieron cuando el crucifijo del Padre Saturnino escapó de los dedos del cura y convertido en un proyectil se incrustó en la garganta del palurdo, seccionando limpiamente la carótida.*

Sin embargo, el golpe iniciado completó su trayectoria, y el palo brutal golpeó la cabeza de Albino, que resonó con el feo crujir de una sandía estrellada.

Saltó la sangre, tanto de la víctima como del victimario, y un influjo maligno de violencia inundó a aquellas personas, alteradas por las emociones de las horas precedentes.

Trenzados todos a golpes, unos en pro y otros en contra de algo que no entendían, embriagados por la pendencia, lograron recuperar la calma tardíamente a las voces

del cura, cuando de Albino y su agresor no quedaban sino piltrafas sanguinolentas, que aún palpitaban sobre las quebradas losas de lo que fuera el patio consistorial de la villa.

Quieras que no, el relato de lo ocurrido se esparció a los cuatro puntos cardinales, y desfigurado como se acostumbra de acuerdo a los particulares puntos de vista, la prensa mundial publicó la increíble historia de los lugareños de aquel rincón en el fin del mundo que, despavoridos por el terror de un terremoto, habían sacrificado a dos muchachos a palos para aplacar la furia de la Madre Tierra.

Y ni el padre Saturnino ni el preceptor de la escuela pública pudieron desmentir aquel infundio con la verdad de los hechos. O tal vez no les interesó hacerlo.

Vaya uno a saberlo.

Lo que es de Obdulia ya nadie se acuerda, y todos en la región evitan citar siquiera el nombre de Albino, el niño que movía los objetos con la vista, aunque ustedes no lo crean.

Que el Tata Dios los tenga en su santo reino.